Agatha Mistery

Primera edición: enero de 2015

Título original italiano: *Complotto a Lisbona*

Idea original de Mario Pasqualotto.
Proyecto editorial de Atlantyca Dreamfarm, s.r.l., Italia,
en colaboración con Luca Blengino.
Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi
Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: David Sánchez Vaqué
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats
Traducción: Elena Martínez Nuño

© 2014 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., via Leopardi 8, 20123 Milán, Italia
Publicado por primera vez por Istituto Geografico De Agostini, S.p.A., Novara, Italia.
© 2015 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123 Milán, Italia. foreignrights@atlantyca.it, www.atlantyca.com

Todos los nombres y personajes contenidos en este libro son licencia exclusiva de Atlantyca S.p.A. en su versión original. Sus versiones traducidas y/o adaptadas son propiedad de Atlantyca S.p.A. Todos los derechos reservados.

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95
08019 Barcelona
www.lagaleraeditorial.com
lagalera@lagaleraeditorial.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Pol. Ind. Can Salvatella.
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-24.311-2014
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5356-9

No se permite almacenar, reproducir o transformar de ninguna manera, ya sea electrónica o mecánica, incluyendo la fotocopia o el escaneo o cualquier otro sistema de almacenaje, la totalidad o parte de este libro sin la autorización escrita del propietario del copyright. Para más información, contactar con Atlantyca S.p.A.

Sir Steve Stevenson

Complot en Lisboa

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Elena Martínez

laGalera

Decimosexta misión

Participantes

Agatha
Doce años, aspirante a escritora de novela negra, tiene una memoria formidable.

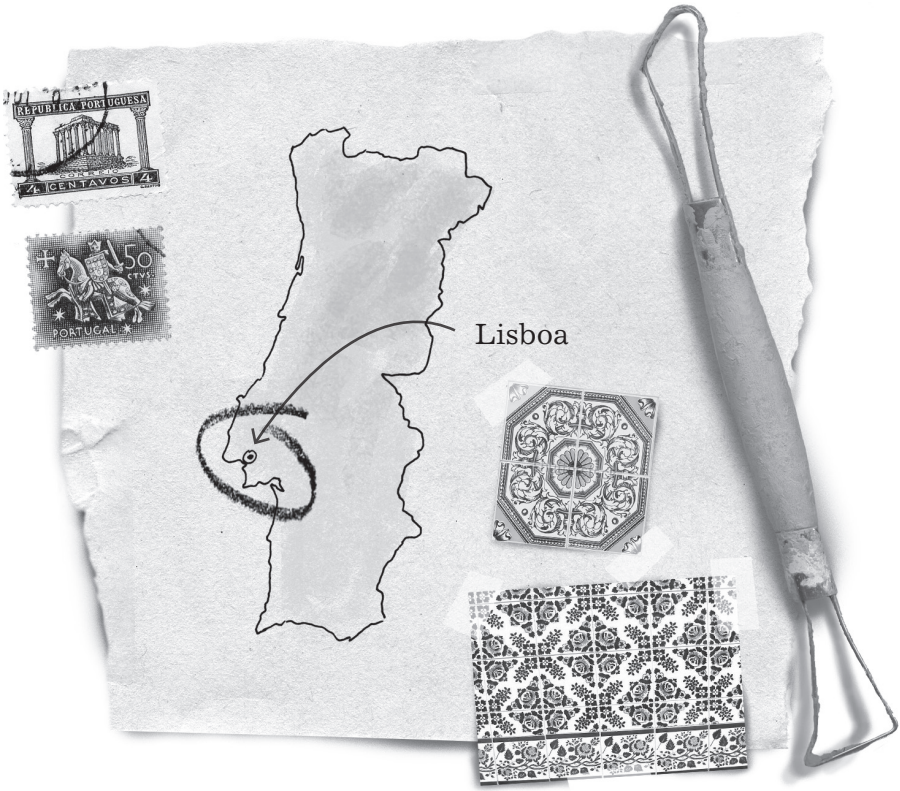
Larry
Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.

Mister Kent
Exboxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.

Watson
Inquieto gato siberiano con el olfato de un perro conejero.

Tío Tony
Cantante de fado con un pasado de estrella de rock. Le encanta improvisar pequeñas piezas con su guitarra.

Destino: Portugal



Objetivo

Investigar el homicidio de un famoso ceramista, ocurrido en Lisboa diez años atrás y que la policía local nunca consiguió resolver.

Comienza la investigación

La noche del 10 de septiembre, Larry Mistery estaba sentado en la minúscula butaca del almacén del Be-Bop Café, un local del barrio de Notting Hill. Pellizcaba las cuerdas de su guitarra eléctrica y lanzaba miradas nerviosas al espejo de un armario ropero.

—Aquí dentro hace un calor criminal —protestó, abanicándose con la mano—. ¡Dentro de poco se me va a derretir el maquillaje!

Al otro lado de la pared del cuartito, una masa de jóvenes y ruidosos londinenses se agolpaba alrededor del escenario a la espera del concierto.

El Be-Bop Café se consideraba un verdadero

templo del rock. Los mejores grupos del Reino Unido habían tocado allí al principio de sus carreras. Tenía las paredes tapizadas de fotografías firmadas por famosas estrellas del rock y se rumoreaba que habitualmente, entre el público, había agentes discográficos de incógnito, que iban allí a cazar nuevos talentos.

El plato fuerte de la noche eran los Zero Monkey, un grupo que estaba cosechando un gran éxito en la escena londinense. De calentar a los fans, sin embargo, se encargaría un desconocido grupo de teloneros, integrado por tres chicos dispuestos a ir a por todas en su primer concierto en directo.

Los Hug, este era su nombre, estaban reunidos en el camerino, que en realidad no era más que el cuarto de las escobas situado en la parte trasera del local.

Alan, el bajo, dormitaba en un taburete.

Tom Storm, el batería, jugueteaba con las baquetas sobre una mesita.

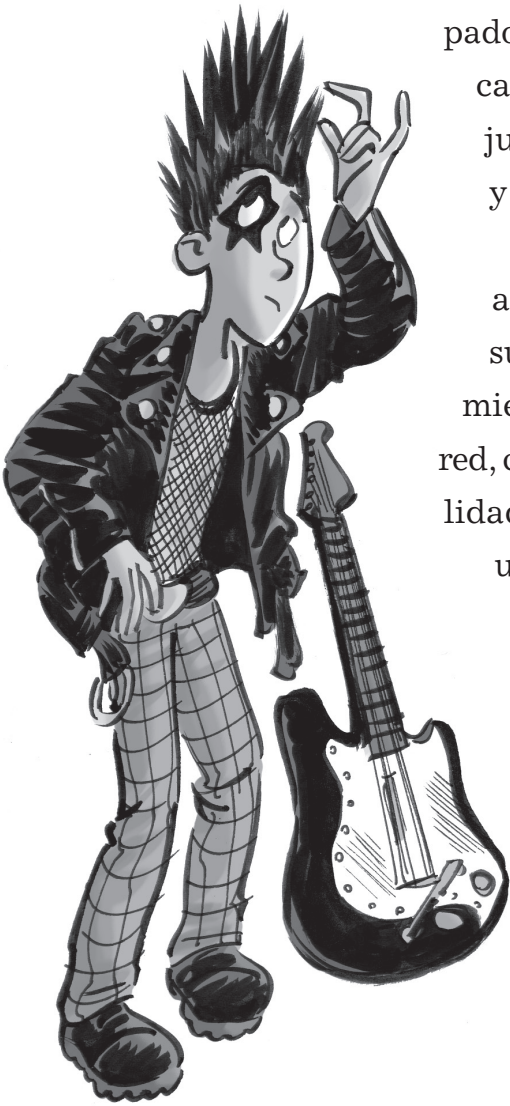
Por el contrario, Larry Mistery, de catorce años, guitarrista y cantante, seguía rasgueando nerviosamente su instrumento musical.

—Esta espera es insoportable —afirmó—. ¡Me va a dar un ataque de pánico escénico de un momento a otro!

—Tranquilo, lo bordaremos —le reconfortó Tom con voz segura.

Como única respuesta, Larry volvió a mirar su reflejo. Llevaba una chaqueta de cuero demasiado ancha para su tipo delgado. El flequillo, que normalmente le caía por la frente a mechones, se lo había moldeado en una especie de cresta con una tonelada de gomina, y su cara —gran golpe de efecto final— se la había pintado de blanco, con una estrella negra alrededor del ojo derecho.

Larry se preguntaba qué habrían dicho sus profesores si le hubieran visto vestido de esa guisa. Estudiaba en la Eye International, la famosa escuela de investigación. Cuando no estaba ocu-



pado resolviendo complejos casos, mataba el tiempo jugando con la consola y apoltronado en el sofá.

Las ganas de saltar a la palestra le habían surgido dos meses antes mientras navegaba por la red, cuando por pura casualidad se había topado con un anuncio de los Hug, que buscaban un nuevo guitarrista para su grupo.

En el ático de Baker Palace, tras los montones de trastos esparcidos por el suelo, estaba sepultada una guitarra

eléctrica Fender Stratocaster. El joven aspirante a detective sabía sacar de ella sonidos estridentes y tomó aquel anuncio como una señal del destino.

No era desde luego un genio de las notas musicales, pero tampoco sus compañeros se las arreglaban muy bien con las partituras. Y además, en el rock and roll la única cosa que realmente marcaba la diferencia era la decisión, la desfachatez, y él creía tener un montón.

—¡Oh-oh, sí… lo bordaremos! —afirmó, enseguida más animado—. ¡Claro que sí! ¡Saltarán chispas! ¡El público de esta noche se volverá loco, y en un par de años escalaremos todas las listas de éxitos!

—Si tú lo dices —murmuró Alan con un bostezo.

—Creedme —continuó él—. ¡Nos esperan giras mundiales, estadios llenos de gente que nos adorará… por no hablar de las fans, por supuesto!

—¡Eh, chavalines, os toca! —retumbó una voz a

sus espaldas. Había aparecido en la puerta Rocky, el corpulento propietario del Be-Bop Café.

—¡Vamos! —exclamó Larry dando un salto—. ¡Estamos listos para desatar una tormenta, jefe!

—Ya podéis ir abreviando —gruñó el hombretón—. Y olvidaos del bis. ¡Después van los Zero Monkey y ya vamos con retraso!

A Larry no le hizo falta que se lo dijeran dos veces. Atravesó el escenario con grandes zancadas. Los focos que iluminaban el centro de la pista le bombardearon con una luz cegadora. La máscara de maquillaje parecía derretirse como la mantequilla en una sartén.

El chico respiró hondo. Tenía que sobreponerse: no podía quedarse plantado justo al principio de su fulgurante carrera musical. Extendió las manos temblorosas y cogió el micrófono.

—¡Buenas noches, Be-Bop! —exclamó.

Los altavoces de los amplificadores ahogaron la frase con un pitido fortísimo.

El público reaccionó con algunas risitas falsas y toses nerviosas.

—Buenas noches —repitió él—. ¡Somos los Hug! ¿Estáis preparados?

—¡Queremos a los Zero Monkey! —aulló alguien desde el fondo de la sala.

—Oh, vale… —vaciló él—. Este es nuestro primer tema y se titula…, ejem, ¡*Sonic Monster*!

Tom Storm empezó a marcar el tempo con la batería. Alan se unió enseguida con el bajo. El momento había llegado: Larry se pasó entre los dedos su púa en forma de calavera, preparado para meterla entre las cuerdas de la guitarra y sacar la primera nota. Pero las manos sudorosas hicieron que se le resbalara como una pastilla de jabón y cayó entre las tablas de madera del escenario.

Y así fue como se desencadenó la tormenta…

Larry se agachó corriendo para buscar la púa, gateó adelante y atrás, cegado por los focos, y al levantarse le dio un buen cabezazo al micrófono. El

golpe provocó un estrépito tremendo, y el chico se agarró al pie metálico antes de perder el equilibrio y caer de espaldas a la sala.

En el Be-Bop se hizo un silencio total.

El joven detective se levantó con una pirueta, las mejillas le ardían bajo la pintura. Estaba a punto de volverse a colocar en posición y pedir disculpas al público enmudecido, cuando en la sala resonó un pitido.

Provenía del bolsillo interior de su chaqueta, donde se cobijaba, bien

escondido, el EyeNet, el artefacto de alta tecnología asignado a los agentes de la Eye International.

Larry tenía que responder inmediatamente, porque esa señal quería decir que le había sido encomendada una nueva misión. Lanzó una ojeada desesperada a los presentes en la sala. Después miró a Alan y a Tom, petrificados con sus instrumentos musicales.

—P-perdonadme, chicos —consiguió balbucear—. Tengo que salir corriendo.

Cogió la salida de emergencia a toda prisa y desapareció en la noche.

Cuando estuvo seguro de que ninguna masa enfurecida le seguía desde el Be-Bop, Larry se sentó en un banco y sacó el EyeNet de la chaqueta.

El preciado dispositivo había estado sonando todo el tiempo. Normalmente la Eye International le encargaba una nueva misión enviándole un simple dossier con todos los datos necesarios. Las llamadas directas estaban reservadas

para las emergencias. ¿Qué estaba sucediendo?

—A buenas horas, LM14 —exclamó una voz conocida.

—Lo… lo siento —jadeó Larry—. He respondido en cuanto he podido…

En la pantalla había aparecido la cara de UM60, el profesor de Prácticas de Investigación. Tenía una expresión de fastidio, que se transformó en una mueca de asombro en cuanto la cámara del dispositivo enfocó a Larry.

—¿Se puede saber de qué se ha disfrazado? —dijo el agente enarcando una ceja—. Para su información, ¡faltan bastantes meses para Halloween!

—Lo sé…, señor —tartamudeó él tocándose la espesa capa de maquillaje—. Esto… solo es… un ejercicio para el curso de Camuflaje.

—Dejémoslo estar —sentenció UM60—. Mañana a las cinco en punto de la mañana tiene un vuelo de Stansted a Lisboa, Portugal. Es allí donde tiene que llevar a cabo su investigación. Se trata

de un asunto muy delicado, que me ha impulsado a llamarle personalmente para asegurarme de que puedo contar con su máxima atención.

—Soy todo oídos, señor. Concentradísimo. ¡No le defraudaré!

—Mejor para usted —dijo el hombre tras una breve pausa—. Esta vez hemos decidido asignarle un caso de homicidio…

—¿CÓÓMO?

Con el susto, el chico dejó caer el EyeNet, que se golpeó contra la acera con un ruido metálico. Por suerte, la carcasa protectora de titanio absorbió el golpe.

—LM14 —exclamó el agente—, ¿sigue ahí? ¿Me oye?

—Esto… sí, claro, ¡por supuesto! —respondió Larry con un graznido.

—Estupendo. Le acabo de enviar el dossier. ¡Por favor, estúdielo, cumpla con su obligación y mantenga alto el prestigio de la agencia!

—Puede estar seguro, señ…

Antes de que terminase la frase, la cara de UM60 había desaparecido de la pantalla.

Larry se derrumbó en un banco, aturdido por los acontecimientos.

¿Un asesinato?

¿Por qué encargarle la investigación justo a él?

¿Se habían vuelto locos?

Entre suspiros se preguntó si su prodigiosa primita estaría aún despierta, a pesar de lo tarde que era. Su incomparable olfato investigador, estaba seguro, resultaría imprescindible.

Esta vez más que nunca.